

Entraron Elo, Océpito y Celeno,  
A quien brotó la tierra y ondas frías,  
Aquellas tres famélicas harpías,  
Tan ávidas y amigas de lo ajeno,  
Las que jamás se ven el vientre lleno,  
Ni el pico y uñas pálidas vacías,  
Entrando a su pesar también con ellas  
El ciego perseguido tanto de ellas.

No dejan de venir tras esta tropa  
Los tres que el reino juzgan del espanto,  
El corvo Eaco, Minos, Radamanto,  
Hijo del alto Júpiter y Europa,  
La que dejó, embarcándose, por popa  
La tierra de Fenicia, y pudo tanto,  
Que de su claro nombre sin segundo  
Le tiene la mejor parte del mundo.

Las que lo llevan todo por el filo,  
De donde inexorables se dijeron,  
Las últimas de todos acudieron,  
Con proceder severo y grave estilo;  
Cloto la rueca, Láquesis el hilo,  
Y las fiseras Atropos trujeron,  
Blasones de la muerte endurecida,  
Ganados tan a costa de la vida.

Pues estos que es la gente más de cuenta  
Por criminales hechos afamados,  
Ocurren al rector de los dañados  
A ver lo que de nuevo le atormenta;  
Con otra multitud que no se cuenta,  
Que por diversas culpas y pecados  
Ocupan calabozos diferentes,  
En el hatir eterno de los dientes.

Entrado el infernal ayuntamiento  
Al cavernoso báratro quemado,  
Y cada cual en orden asentado,  
Si alguno puede haber en tal asiento;  
El negro Rey del triste alojamiento  
Sobre un sitial ardiente levantado,  
Con duro aspecto y voz horrible y fiera  
Del pecho la arrancó desta manera:

«Si con haberos visto no templara  
Esta rabiosa llama de mi pecho,  
Con que le siento ya ceniza hecho,  
No sé, con ser Pluton, si reventara;  
O si por mano vuestra no esperara  
Quedar de quien me agravia satisfecho,  
En el humoso Lete me hundiera,  
De donde para siempre no saliera.

«Ya veis cómo este próspero mancebo  
En su gobierno va por tal camino,  
Que, ó yo seré mafísimo adevino,  
O él será el estrago del Erebo;  
Pues ultra de que al fin es el renuevo  
De aquel fecundo tronco Mendocino,  
Le presta Dios auxilios eficaces,  
Y mueve sus ejércitos y haces.

«No sé por dónde pueda ser entrado,  
Pues no hay en él resquicio ni repelo,  
Ni agalla en que se trabé aquel anzuelo,  
Que a sus antecesores han trabado;  
Porque del cebó en que ellos han picado,  
Que es el metal del fértil indo suelo,  
Tiene tan apartado el apetito,  
Que no hay por él cogelle en el garlito.

«Y si con ambición le hacemos guerra,  
O le queréis llevar por injusticia,  
Ya veis con la equidad y la justicia  
Que echó los ambiciosos de la tierra;  
Pues presunción mirad si en él se encierra  
O si soberbia alguna el alma envicia  
Del cuerpo, que se ajusta con el suelo,  
Por el que se disfraza en blanco velo.

«Pues ya si por deleites sensuales  
Quisiésemos entralle blandamente,  
¿No vistes cuál huyó tan cautamente  
Del Mapochó vicioso los umbrales?  
Cotijo, a mi pesar, destas señales,  
Que no se lo estorbando prestamente,  
Reducirá de suerte a todo Chile,  
Que mi corona y cetro se aniquile.

«Por esto en viva rabia estoy deshecho,  
Y lo que hace más que me deshaga  
Es ver que un mozo agora en cierno haga  
Lo que granados viejos nunca han hecho.  
Esta es la llama ardiente que en mi pecho  
Con todo el lago Estigio no se apaga,  
Y la que, como lámpara, se cria  
A costa desta negra sangre mía.

«¿Quién de vosotros hay que no la tenga  
Ya presa en lo interior de las entrañas,  
Y allí, como en aristas y espadañas,  
No la dilate, cebe y entretenga?  
Decidme, ¿será bien que ahora venga  
A derribar por tierra las hazañas  
De todos los que estáis en el profundo  
Uno que apenas ha salido al mundo?

«¿Cómo que ya, soberbio bando oscuro,  
El fuego, que me enciende, no os encienda?  
¿Cómo podréis sufrir que el orbe entienda  
Que os postra y supedita un hombre puro?  
Por toda la infernal potencia juro,  
Canalla infame, lóbrega y horrenda,  
Si no poneis silencio en mi cuidado,  
De abrir á Febo el cóncavo cerrado.

«No se me esconde a mí que es imposible  
Llevar al cauto joven por engaños,  
Mas han de remediarse nuestros daños,  
Por el camino y término posible;  
Porque es dolor intrínseco y terrible  
Que lo que vuestro ha sido tantos años,  
Lo tiranice agora el firmamento,  
Alzándose con todo mi ornamento.

«De mí sabéis, tartáreas potestades,  
Si en perseguille mínima he faltado,  
Pues yo en el fluctuoso mar salado  
Le removi tan bravas tempestades;  
Yo provoqué las húmidas deidades,  
Haciéndole poner en tal estado,  
Que ya tuviera yo seguro el mio,  
Si un ángel no librara su navío.

«Mas ya que le sacó su buena suerte  
Y la infelice vuestra de mis manos,  
Con tal que de los pies andéis hermanos,  
Agora es cosa fácil darle muerte;  
En tierra firme tiene un flaco fuerte,  
Do con pequeña parte de cristianos,  
A pié, con hambre y sed está recluso,  
Atribulado, tímido y confuso.

«Importa que se dé el aviso desto  
Al hijo de Leocan en todo caso,  
Para que con su gente a largo paso  
Sobre el reciente muro venga presto;  
Primero que, según el orden puesto,  
Llegue, para sacalle a campo raso,  
El tercio, que por tierra veis que marcha,  
Cubierto de carambano y escarcha.

«Y si Caupolican remisó fuere  
En acudir él propio al estacado,  
Por le tener agora encadenado  
El blando amor de Fresia, por quien muere,  
Dirásele que al menos se requiere  
Enviar allá la fuerza del Estado,  
Para que más seguro tenga el hecho  
Y vuestro oscuro príncipe su pecho.

«Pues alto, sus, escuadra tenebrosa,  
¿Qué me detengo más? ¿En qué me alargo?  
¿Quién hay entre vosotros que a su cargo  
Quiera tomar empresa tan honrosa?  
¿Qué corazón, oyéndome, reposa?  
¿A cuál no se le hace el tiempo largo  
Para tomar por todos la demanda  
Cuando no mire más que a quien lo manda?

«¿Quién rabia ya por ir con fiera mano  
Sembrando con mortífero veneno  
Por ese campo indómito chileno  
Y embraveciendo el ánimo araucano?  
¿Quién muere por meter al indio insano  
Mil cóleras y furias en el seno?  
¿Quién arde por llover en sus estanzas  
Discordias, iras, odios y venganzas?»

Así les habla el Padre del Abismo,  
Y luego aquella infausta compañía  
Promete en sordas voces a porfía  
De revolverle todo el barbarismo;  
Cada uno se le ofrece por sí mismo,  
Mas él, que bien a todos conocía,  
Solo escogió á Megera, furia brava,  
Que sola para mucho más bastaba.

Salió de allá por un respiradero  
Cubierta de mil aspides la dama,  
Y envuelta en humo azul y rubia llama,  
Con paso más que rápido y ligero;  
Consientela salir el Cancerbero,  
Aunque de oler el huelgo que derrama  
Arroja regañados estornudos,  
Abriendo boquerones colmilludos.

Desembocó la furia ponzoñosa,  
Sus alas de serpiente sacudiendo  
Con áspero, confuso y ronco estruendo,  
Solicita en su cargo y cuidadosa;  
Pasada pues la cárcel tenebrosa,  
Y al aire con su vista escureciendo,  
Enderezó su vuelo sordo y vano  
En busca del infiel Caupolicano.

Devisale de lejos, y al momento  
Transforma aquella horrida figura  
En falsa y aparente hermosura  
Para poner en práctica su intento;  
Mas yo, que de la casa del tormento  
Acabó de salir por gran ventura,  
Es bien que a descansar me pare un tanto,  
Pues no es como el de Sisifo mi canto.

## CANTO V.

Recreáanse Caupolican y su querida Fresia en una floresta, adonde habiendo pasado amorosas razones, se entran a bañar en una fuente. Llega Megera con su embajada, y efectuado su intento, se vuelve a los abisanos. Vienen veinte mil indios sobre el nuevo muro de Penco, donde se comienza el asalto con mucho furor y sangre de ambas partes.

Jamás al justo faltan enemigos,  
Ni la virtud sin émulos estuvo,  
Que, como el Unigénito los tuvo,  
Es fuerza que los tengan sus amigos;  
Compreban esto el mundo de testigos,  
Pues hay agora, y siempre así los hubo,  
Para uno solo bueno muchos malos,  
Un Curio y más de mil Sardanapálos.

Y que los haya es cosa conveniente,  
Pues hacen a los buenos recatados,  
Y siendo por los impíos apurados,  
Descubren su pureza claramente;  
Que nunca el sol se ve tan refulgente  
Como cuando le cercan los nublados,  
Ni más alegre está la bella rosa  
Que cerca de la espina escerpulosa.

El malo está sirviendo al bueno de ayo  
Para que nunca en él descuidos haya,  
Ni pase al mal un punto de la raya,  
Mas tras el bien se arroje como un rayo;  
En flores de virtud le torna un mayo,  
Y en todo más compuesto que una maya,  
Esle acicate agudo en lo que es bueno,  
Y para lo contrario duro freno.

Mal puede un hombre ser del todo justo  
Si no le ciñe de uno y otro lado,  
Trayéndole medido y ajustado  
Con sus contradicciones el injusto;  
Jamás al pié vendrá el calzado justo,  
Si no viniere estrecho y apretado,  
Ni el bueno lo es del todo, como digo,  
Si no le está apretado el enemigo.

Por tanto, desengañese el cristiano,  
Y téngase por dicho, si lo fuere,  
Que no le faltarán, mientras viviere,  
Opuestos que le carguen bien la mano;  
Y cuando no los tenga en pecho humano  
Si tan feliz estrella le corriere,  
Habrálos de tener en el infierno  
Como los tiene agora el joven tierno.

En cuyo daño vimos que Megera  
Dejó la negra bóveda volando,  
Y al general de léjos devisando,  
Cambió para su fin la forma fiera;  
Llegado por zenit entonces era  
El tiempo, la sazón y punto cuando  
A la cabeza el sol su rayo tira,  
Y a nuestros piés la sombra se retira.

A Eton, Flegono y Pirois eucalmados  
El Cintio dios latónico tenía,  
Y con el gran calor del mediodía  
De gruesa y blanca espuma encubiertos;  
La fuerza de sus átomos dorados  
A la del tiempo estivo parecía,  
Poniendo al cuerpo estímulos y gana  
De dar consigo en frígida fontana.

Estaba a la sazón Caupolicano  
En un lugar ameno de Elicura,  
Do, por gozar el sol en su frescura,  
Se vino con su palla mano a mano;  
Merece tal visita el verde llano,  
Por ser de tanta gracia y hermosura,  
Que allí las flores tienen por floreo  
Colmalle las medidas al deseo.

Allí jamás entró el setiembre frío,  
Nunca el templado abril estuvo fuera,  
Allí no falta verde primavera  
Ni asoma crudo invierno y seco estío.  
Allí, por el sereno y manso río,  
Como por trasparente vedriera,  
Las návades están a su contento  
Mirando cuanto pasa en el asiento.

Tal vez del rojo sol se están burlando,  
Que, por colar allí su luz febea,  
Con los tejidos árboles pelea,  
Que al agua están, mirándose, mirando;  
Tal vez de ver que el viento respirando  
A los hojosos ramos lisonjea,  
Tal vez de que los dulces ruiseñores  
Cantando les descubran sus amores.

Entre una y otra sierra levantadas,  
Que van a dar al cielo con las frentes,  
Y al suelo con sus fértiles vertientes,  
La deleitosa vera está fundada;  
¿Oh quién tuviera pluma tan cortada  
Y versos tan medidos y corrientes,  
Que hicieran el vestido deste valle,  
Cortado a la medida de su talle!

En todo tiempo el rico y fértil prado  
Está de yerba y flores guarnecido,  
Las cuales muestran siempre su vestido  
De trémulos aljófares bordado;  
Aqui veréis la rosa de encarnado  
Allí al clavel de púrpura teñido,  
Los turquesados lirios, las violas,  
Jazmines, azucenas, amapolas.

Acá y allá con soplo fresco y blando  
Los dos Favonio y Géfiro las vuelven,  
Y ellas, en pago desto, los envuelven  
Del suave olor que están de sí lanzando;  
Entre ellas las abejas susurrando,  
Que el dulce pasto en rubia miel resuelven,  
Ya de jacinto, ya de croco y cliecio,  
Se llevan el cohollo y superficie.

Revuélvese el arroyo sinuoso,  
Hecho de puro vidrio una cadena,  
Por la floresta plácida y amena,  
Bajando desde el monte pedregoso;  
Y con murmurio grato sonoro  
Despacha al hondo mar la rica vena,  
Cruzandola y haciendo en varios modos  
Descansos, paradillas y recodos.

Vense por ambas márgenes poblados  
El mirto, el salce, el álamo, el aliso,  
El sauco, el fresno, el nardo el cipariso,  
Los pinos y los cedros encumbrados,  
Con otros frescos árboles copados  
Traspuestos del primero paraíso,  
Por cuya hoja el viento en puntos graves  
El bajo lleva al tiple de las aves.

También se ve la hiedra enamorada,  
Que con su verde brazo retorcido  
Cine lasciva el tronco mal pulido  
De la derecha haya levantada;  
Y en conyugal amor se ve abrazada  
La vid alegre al olmo envejecido,  
Por quien sus tiernos pámpanos prohija,  
Con que lo enlaza, enrespa y ensortija.

En corros andan juntas y escondidas  
Las driadas, oréades, napeas,  
Y otras ignotas mil silvestres deas,  
De satiros y faunos perseguidas;  
En álamos Lampecios convertidas,  
Y en verdes lauros virgenes Peneas,  
Que son, por conocerse tan hermosas,  
Selváticas, esquivas, desdenosas.

Por los frondosos débiles ramillos  
Que con el blando céfiro bracean,  
En acordada música gorgean  
Mil coros de esmaltados pajarillos;  
Cuyos acentos dobles y sencillos  
Sus puntos y sus cláusulas recrean  
De tal manera el ánimo que atiende,  
Que se arrebatada, eleva y se suspende.

Entre la verde juncia en la ribera  
Veréis al blanco cisne paseando,  
Y alguna vez en dulce voz mostrando  
Haberse ya llegado la postrera;  
Subímes por el agua el cuerpo fuera,  
Veréis a los patillos ir nadando,  
Y cuando se os esconden y escabullen,  
¡Qué léjos los veréis de do zabullen!

Pues por el bosque espeso y enredado  
Ya sale el jabali cerdoso y fiero,  
Ya pasa el gamo tímido y ligero,  
Ya corren la corcilla y el venado;  
Ya se atraviesa el tigre variado,  
Ya penden sobre algún despeñadero  
Las saltadoras cabras montesinas  
Con otras agradables salvajinas.

La fuente, que con saltos mal medidos  
Por la frisada, tosea y dura pena  
En fugitivo golpe se despeña,  
Llevándose de paso los oídos;  
En medio de los árboles floridos  
Y crespos de la hojosa y verde greña,  
Enfrena el curso oblicuo y espumoso,  
Haciéndose un estanque deleitoso.

Por su cristal bruido y transparente  
Las guijas y pizarras de la arena,  
Sin recibir la vista mucha pena,  
Se pueden numerar distintamente;  
Los árboles se ven tan claramente  
En la materia líquida y serena,  
Que no sabréis cuál es la rama viva,  
Si la que está debajo o la de arriba.

Titan, al tramontarse, lo saluda,  
Tornando sus arenas de oro fino,  
Y para descansar de su camino  
No tiene otro lugar adonde acuda;  
La verde yerba nace tan menuda  
Orillas del estero cristalino,  
Y toda tan igual por donde quiera,  
Como si la cortaran con tisera.

Aquí ninguna especie de ganado  
Fue digna de estampar su ruda huella,  
Ni se podrá alabar de que con ella  
Dejase su esplendor contaminado;  
Tan solamente el niño Dios alado  
En esta parte vive y goza della,  
Y esparce tiernamente por las flores  
Alegres y dulcísimos amores.

Aquí Caupolicano caluroso  
Con Fresia, como dije, se estaba,  
Y sus pasados lances le acordaba  
Por tierno estilo y término amoroso:  
No estaba de la guerra cuidadoso,  
Ni cosa por su cargo se le daba,  
Porque do está el amor apoderado,  
Apenas puede entrar otro cuidado.

Por una parte el sitio le provoca;  
La ociosidad por otra le convida  
Para comunicar á su querida  
Palabra, mano, pecho, rostro y boca,  
Y al regalado son que amor le toca,  
Le canta: «Dulce gloria, dulce vida,  
¿Quién goza como yo de bien tan alto  
Sin pena ni temor ni sobresalto?»

«¿Hay gloria ó puede habella que se iguale  
Con esta que resulta de tu vista?  
Hay pecho tan de nieve que resista  
Al fuego y resplandor que della sale?  
¿Qué vale cetno y mando, ni qué vale  
Del universo mundo la conquista,  
Respeto de lo que es haberla hecho  
Al muro inexpugnable de tu pecho?»

«¡Dichosos los peligros designales  
En que por ti me pase, amores míos!  
Dichosos tus desdenes y desvios,  
Dichosos todos estos y otros males;  
Pues ya se han reducido á bienes tales,  
Que entre estos altos álamos sombríos,  
Tu libre cuello rindas á mis brazos  
Y á tan estrechos vínculos y abrazos.»

«¡Ay! Fresia le responde, dueño amado,  
Y como no es de amor perfecto y puro  
Hallarse en el contento tan seguro,  
Sin pena, sin temor y sin cuidado;  
Pues nunca tras el dulce y tierno estado  
Se deja de seguir el agro y duro,  
Ni viene el bien, si vez alguna vino,  
Sin que le ataje el mal en el camino.»

«De mí te sé decir, mi caro esposo  
(No sé si es condición de las mujeres),  
Que en medio de estos gustos y placeres  
Se siente acá mi pecho sospechoso;  
Mas siempre del amor huye el reposo,  
O al menos está preso de alfileres,  
Que en la labor de un pecho enamorado  
Siempre es el sobrestante su cuidado.»

Caupolicano replica: «¿Quién es parte,  
Por mas que se nos muestre el hado esquivo,  
Para que desta gloria que recibo  
Y deste bien tan próspero me aparte?  
No hay para qué, señora, recelarte,  
Que en esto habrá mudanza mientras vivo,  
Y pues que estoy seguro yo de muerte,  
Estarlo puedes tú de mala suerte.»

«Sacude pues del pecho esos temores,  
Que sin razon agora te saltan,  
Y no te dé ninguno de que sean  
Menos de lo que son nuestros amores.»  
Con esto se levantan de las flores,  
Y alegres por el prado se pasean,  
Aunque ella, no del todo enajenado  
Su cuidadoso pecho de cuidado.

Descienden al estanque juntamente,  
Que los está llamando su frescura,  
Y Apolo que también los apresura,  
Por se mostrar entonces mas ardiente;  
El hijo de Leocán gallardamente  
Descubre la corporea compostura,  
Espalda y pechos anchos, muslo grueso,  
Proporcionada carne y fuerte hueso.

Desnudo al agua súbito se arroja,  
La cual con alboroto encanecido,  
Al recibirle forma aquel ruido  
Que el árbol sacudiéndole la hoja;  
El cuerpo en un instante se remoja,  
Y esgrime el brazo y musculo fornido,  
Supliendo con el arte y su destreza  
El peso que le dió naturaleza.

Su regalada Fresia, que lo atiende,  
Y sola no se puede sufrir tanto,  
Con ademán airoso lanza el manto  
Y la delgada túnica desprende;  
Las mismas aguas frigiditas enciende;  
Al ofuscado bosque pone espanto,  
Y Febo de propósito se para  
Para gozar mejor su vista rara.

Abrásase, mirándola dudoso,  
Si fuese Dafne en lauro convertida,  
De nuevo al ser humano reducida,  
Segun se siente della cudicioso;  
Descúbrese un alegre objeto hermoso,  
Bastante causador de muerte y vida,  
Que el monte y valle, viéndolo se ufana,  
Creendo que despunta la mañana,

Es el cabello liso y ondeado,  
Su frente, cuello y mano son de nieve,  
Su boca de rubí, graciosa y breve,  
La vista garza, el pecho relevado;  
De torno el brazo, el vientre jaspeado  
Columna á quien el Páro parias debe,  
Su tierno y albo pié por la verdura  
Al blanco cisne vence en la blancura.

Al agua sin parar saltó ligera,  
Huyendo de miralla, con aviso  
De no morir la muerte que Narciso,  
Si dentro la figura propia viera;  
Mostrósele la fuente placentera,  
Poniéndose en el temple que ella quiso,  
Y aun dicen que de gozo al recibilla  
Se adelantó del término y orilla.

Va zambullendo el cuerpo sumergido,  
Que muestra por debajo el agua pura  
Del cándido alabastro la blancura,  
Si tiene sobre si cristal brumido;  
Hasta que da en los piés de su querido,  
Adonde con el agua á la cintura,  
Se enhiesta sacudiéndose el cabello  
Y echándole los brazos por el cuello.

Los pechos antes bellos que velludos,  
Ya que se les prohibe el penetrarse,  
Procuran lo que pueden estrecharse  
Con reciprocación de ciegos nudos;  
No están allá los Géminis desnudos  
Con tan fogosas ansias de juntarse,  
Ni Salmacis con Troco el zahareño,  
A quien por verse dueña amó por dueño.

Alguna vez el nudo se desata,  
Y ella se finge esquiva y se escabulle,  
Mas el galán, siguiéndola, zambulle,  
Y por el pié nevado la arrebatada;  
El agua salta arriba vuelta en plata,  
Y abajo la menuda arena bulle;  
La tortola envidiosa que los mira,  
Mas triste por su pájaro suspira.

Estando en esto el uno y otro amante,  
Linfáticos haciendo ya del agua  
A costa del amor chisposa fragua,  
Que á tanto suele ser amor bastante;  
Se les presenta súbito delante,  
Con que el presente gusto se les agua,  
La disfrazada furia de Megera,  
Hablando al general desta manera:

«No es tiempo agora, príncipe araucano,  
De darte á pasatiempos y placeres  
Ni de rendirte al pié de las mujeres,  
Pendiendo todo el reino de tu mano;  
¿No ves el nuevo ejército cristiano,  
Que, sin respeto alguno de quien eres,  
Su huella imprime ya en la tierra tuya,  
Con vana presunción de hacerla suya?»

Quedó Caupolicano alborotado,  
Oyendo novedad tan espantosa,  
Y Fresia despulsada y pavorosa,  
Su blanco velo en pálido trocado;  
El la miraba atónito y pasmado  
Sin que decir pudiese alguna cosa,  
Y ella entre sí, mirándole decía:  
«¿Esto era lo que tanto yo temía!»

La furia, como tiempo ve oportuno,  
De las que á mano están sobre la frente,  
Dos viboras arranca prestamente,  
Llenas de mas que tósigo importuno,  
Y escóndeles la suya á cada uno,  
Que sin acuerdo están del accidente,  
Allá en lo mas intrínseco del seno,  
Do siembren su mortífero veneno.

Deslizanse revueltas por los pechos,  
Do la ponzoña pésima vomitan,  
Y con aguda lengua solicitan  
Mortales iras, rabias y despechos;  
Con que en furor diabólico deshechos  
Ya los infieles ánimos se irritan,  
Ya rabian, ya se culpan, ya se afrentan,  
Ya del veneno hinchándose, revientan.

Megera entonces, viéndolos dispuestos,  
Prosigue: «Torna en tí, Caupolicano,  
Que ser señor del mundo está en tu mano,  
Si sabes acudir con pasos prestos;  
Sabrás que cien cristianos descompuestos,  
Que perdonó el furor del mar insauo,  
Han levantado en Peaco un flaco muro,  
Donde los tiene un jóven mal seguro.»

«Partióse del Pirú con vano intento  
De ser la confusión de tu reinado,  
Y con desprecio loco del Estado  
Ha fabricado á vista del su asiento;  
Importa que, dejando atrás el viento,  
Vayas á que te pague de contado  
Su temerario y frívolo desegno,  
Ya de tu indignación y enojo digno.»

«Pero conviene hacerse de manera,  
Que no le dé lugar la priesa tuya  
Para que al espumoso mar se huya,  
Haciendo de sus ondas talanquera;  
Mas antes que el ejército que espera  
Tu gente desanime con la suya,  
Abrevies tanto el tiempo de asaltalle,  
Que aun para arrepentirse no le halle.»

«Pues goza de tan buena coyuntura,  
Que no la habrá mejor segun barrunto,  
Y vuela con tu fuerza y poder junto  
A do te está llamando la ventura;  
Mira que la victoria está segura  
Con solo que perder no quieras punto,  
Y que una dilación pequeña puede  
Negarte lo que el cielo te concede.»

«¿Cómo? ¿Que tu soberbia frente altiva  
Podrá sufrir agora ver delante  
Que con desprecio della la levante  
Uno que en verdes años solo estriba?  
Y que con poca gente apenas viva  
Ose salir á puesto semejante,  
A tiro de ponerse en tierra firme,  
Contigo rostro á rostro y firme á firme?»

«De qué te sirve, oh gran Caupolicano,  
Lo mucho que en tu gloria tienes hecho,  
Si agora que subida está en el techo,  
Sufres que den con ella por lo llano,  
Y que á pesar del crédito araucano,  
Un mozo advenedizo tenga pecho  
Para que solo en fe del tierno suyo  
Se ponga al duro encuentro dese tuyo?»

«Cuando otra cosa nunca hacer pudiese,  
Que haberse en el lugar que digo puesto,  
Aunque despues medroso en curso presto  
Al mar por donde vino se volviese;  
Le fuera de grandísimo interese,  
Y á ti tan mal contado y mal honesto,  
Que escurecieras bien con este solo  
Tus hechos claros mas que el mismo Apolo.»

«En nombre de Pillan, te hago cierto  
Que si padeces punto de tardanza,  
Verás resuelta en humo tu esperanza,  
Y contra ti la suerte al descubierto;  
Pues la cerviz enhiesta y cuello yerto  
Jamás á ley sujeta mi ordenanza,  
Verás al yugo dellas sometida,  
Si á bien librar quedares con la vida.»

»Por cuanto quieres verte deste modo,  
Estando el remediallo á tu albedrío,  
Sin hijos, sin mujer, sin señorío,  
Sin dulce libertad, que es sobre todo;  
Pues no te quieras ¡ay! poner de lodo,  
Por dar al blando amor lugar vacío,  
Ni de famoso rey potente y bravo  
Venir á ser infame y triste esclavo.

»Mira, Caupolicán, que eres la base  
Donde tan grande máquina se apoya;  
No quieras que se pierda como Troya,  
Por consentir que amor te desencase;  
Traba de la ocasión antes que pase,  
Porque si aquí te estás como la hoya  
En amorosas aguas sobre agnado,  
Serás en las de Lete sepultado.»

Con esto remató la furia horrible  
Su caviloso encanto persuasivo,  
Dejando al pecho bárbaro y altivo  
Nadando en puro fuego inextinguible;  
Y haciéndose á sus ojos invisible,  
Vuelve al estado el paso fugitivo,  
Adonde su furor, veneno y llama  
Por las médulas íntimas derrama.

Ya con ardiente soplo turbulento,  
Ya con sangrientas aspides mortales,  
Ya con la lengua y ojos infernales  
Va corrompiendo en torno aquel asiento;  
Hasta que casi calva y sin aliento,  
Así de haber lanzado soplos tales,  
Como de echar culebras de la frente,  
Se vuelve adonde está la triste gente.

Y en un volcán de fiera boca escura,  
Por donde escupe horror la negra estanza,  
Dejado lo fantástico, se lanza,  
Llevándose tras sí la puerta dura;  
En tanto que del agua clara y pura  
Caupolicán saltando se abalanza  
A se vestir frenético el vestido,  
Ya de furioso espíritu embestado.

De allí se parte luego acelerado,  
Siguiéndole su Frenesí presurosa,  
Colérica, linfática, furiosa,  
Con pecho de temor enajenado;  
Y marchan hasta cuando el sol dorado,  
Huyendo de la noche tenebrosa,  
Que á mas andar siguiéndole venía,  
Al mar como á sagrado, se acogía.

Llegado el Indio al rancho, aplica el cuerno  
Al tímido carrillo y recia boca,  
De do la voz horrisona revoca  
Allá en lo mas oculto del infierno;  
Suena de mano en mano en su gobierno,  
Y en breve casi todo se convoca,  
Porque iban como en vuelo arrebatados,  
De aquel furor diabólico llevados.

El hecho llanamente les declara,  
Sin pompa ni artificio de razones,  
Porque para mover sus corazones  
Resobra que le miren á la cara,  
Y ordenales que cuando el alba clara  
Abriese los oscuros pabellones,  
Dejando cama y lado de su esposo,  
Se embista el fuerte lleno de reposo.

Pues cuando con sonido carrasqueño,  
Que al órgano del oído destemplaba,  
El importuno grillo aviso daba  
De ser llegada ya la vez del sueño,  
Enderezando á Talca, sitio ísteno,  
Que á vista del vecino muro estaba,  
Caminan veinte mil á sordo paso  
Por entre muda noche y campo raso.

Venidos brevemente á Talcahuano  
Cubiertos del capote y velo oscuro,  
Marcharon sin parar al nuevo muro  
Orillas del ondoso mar insano;  
Mas con silencio tal, que el aire vano  
Se estaba tan sutil, tan raro y puro,  
Como si por allí nadie pasara  
Que con aliento y voces lo espesara.

Debajo una barranca, al pie del monte,  
Que en su cabeza tiene la albarrada,  
Espera el fiero bárbaro en celada  
A que el noturno tiempo se remonte,  
Para que en argentando al horizonte  
La matutina luz del alborada,  
Que es cuando el sueño ocupa lo mas alto,  
Se dé con furia súbita el asalto.

Ya pues que el negro manto adelgazaba,  
Abriéndose por todos sus dobleces,  
Y limpio de neblina y otras heces  
Aljofarado el valle se mostraba;  
Rompiendo aquel silencio en grita brava,  
Y con los alaridos que otras veces,  
Asaltan el palenque y baluarte,  
Ciñéndole por una y otra parte.

En tres formados gruesos escuadrones  
Presenta el enemigo la batalla,  
De cruda piel cubierto y fina malla,  
Y tremolando enseñas y pendones;  
Ya los de mas fogosos corazones  
Se van adelantando á la muralla  
Con mil cabezas colas y pellejos  
De tigre, de león, de zorros viejos.

Asómase á mirar su fiera traza  
Aquella clara sangre de Mendoza,  
Que dentro de las venas le retoza  
Por experimentar la dura maza,  
Y no se turba punto ni embaraza,  
Mas todo lo posible se alboraza,  
De ver que ya lugar se le concede  
Para mostrar, en parte, lo que puede.

Previene con fervor industria y maña  
Aquello que no estarlo parecía,  
Y en frente por la parte que venía  
Arauco denodado contra España  
Seis piezas, como dije, de campaña  
El adivino joven puesto había,  
Que fueron casi todo el instrumento  
Para que se cantase el vencimiento.

Quisiera bien saltar la palizada  
Y á recibir al bárbaro saliera,  
Si ser temeridad no conociera,  
Y cosa en generales reprobada;  
Ya sube á toda priesa la emboscada  
Con astas erizando la ladera,  
Pero con todo, el Hércules gallardo  
Se mata porque viene á paso tardo.

No suele estar jamás leblre de Irlanda  
Si al jabali cerdoso ve mostrarse  
Con tanta voluntad de abalanzarse  
Tirando del collar y quien le manda,  
Como de ver subir la espesa banda  
Revuelta el general por señalarse;  
Mas la razón, que sola es quien le humilla,  
Sabe tenelle corta la trilla.

Y como la visera no ha calado  
Para que así mejor advierta y note  
Cual viene por su mal y por su azote  
El enemigo ejército formado;  
Está como el azor empiguelado  
Antes de haberle puesto el capirote,  
Que si pasar un ave se le autoja,  
Mil veces de la alcándara se arroja.

Estando pues intrépido mirando  
Al indio bravo el joven orgulloso,  
No sé qué brazo idólatra nervoso  
Desembrazó con impetu nefando  
Una redonda piedra, que zumbando  
Con mas furor que el rayo impetuoso,  
Su curso fugacísimo endereza  
A la cabeza fuerte del cabeza.

Allí quebró la furia desmedida,  
Y tanto, que con dar en la celada,  
Por especial milagro la pedrada  
Dejó de dar al blanco de la vida;  
Pues con la frente el joven aturdida  
Miró de abajo el muro y albarrada,  
Mas no tocó la tierra cuando luego  
Se enderezó brotando vivo fuego.

No dudo que Megera de su mano  
Hiciese el riguroso tiro fuerte,  
Sabiendo que si al joven daba muerte,  
Estaba lo demás rendido y llano;  
Mas el Eterno Padre soberano,  
Que permitió acertalle desta suerte,  
Por ser tan lleno el blanco y espacioso,  
Previno, como Dios, lo mas dañoso.

Después que firme el pie en la tierra pone,  
Y la esperanza y ojos en el cielo,  
El cesarino espíritu novelo,  
Su gente anima, exhorta y la compone;  
No hay prevención ni ardid á que perdone,  
Porque los halla escritos en el suelo  
Su claro entendimiento y perspicacia,  
Herido con los rayos de la gracia.

Ya la trabada cerca y terraplano,  
Que al morro exento sirve de corona,  
De espesa gente en orden se corona  
Con fierro en mano y ánimo en el seno;  
Ya no hay lugar allí que no esté lleno  
De quien por el arriesgo le persona;  
Ya todos dan la suerte por echada,  
Aunque la vida va de esta parada.

Ya con soberbios altos alaridos,  
Estrépito confuso y ruido espeso,  
El pérfido escuadrón cerrado y grueso  
Asalta los bastiones guarnecidos;  
Los nuestros, al asalto apercebidos,  
Con orden y valor en contrapeso  
Del excesivo número contrario,  
Resisten al encuentro temerario.

Los orgullosos bárbaros de fama,  
Con los que la procu ran, mas se allegan,  
Y al enemigo hierro así se entregan  
Como pudieran toros de Jarama;  
Unos echando tierra y otros rama  
Para pasar el ancho foso ciegan,  
Otros no esperan esto mal sufridos,  
Salvándolo con saltos desmedidos.

Cuales, para mejor poder hacello,  
Se valen de las picas prolongadas,  
Cuales de correndillas atrasadas,  
Cuales del aire solo del cabello;  
Y cuales sin aquesto y sin aquello  
Apenas dan algunas braceadas,  
Cuando de pies están en la otra parte  
Y luego sobre el fuerte y baluarte.

Fué destos el primero Gracelano,  
Mozo gallardo fuerte y atrevido,  
Y fuélo por habello prometido  
Al sumo general Caupolicano,  
De que ganando á todos por la mano,  
En fe de su renombre esclarecido,  
Al muro crespó de armas entraría,  
Abriendo por entre ellas ancha vía.

En cumplimiento pues de su promesa,  
El animoso joven se adelanta,  
Do sobre el foso puesta la una planta,  
Con la otra por el aire lo atraviesa;  
Y luego al agro muro y gente espesa,  
Sin espantalle el ver que es tal y tanta,  
Trepó furioso el bárbaro derecho,  
Mostrando á duras armas duro pecho.

Al fin rompió con él por todas ellas,  
Subiendo, aunque de sangre y golpes lleno,  
Sus prestos pies al ancho terraplano,  
Y su valor y nombre á las estrellas;  
Do haciendo ver á muchos muchas dellas,  
A costa de los nuestros hizo bueno  
Su dicho tan infiel como arrogante,  
Llevándolo con hechos adelante.

Tras él se arroja el bravo Tucapelo,  
Siguiéndole Talgou su amigo grande,  
Con Rengo, Leucoton y Lepomande  
Y Engol, á quien sirvió mi patrio suelo;  
Los cuales todos siete dando un vuelo,  
Que no hay quien se lo impida ni demande,  
Pasan de claro en claro el foso oscuro,  
Vinieron á dar de manos en el muro.

Quedó temblando en torno la barrera  
Del poderoso golpe y duro encuentro,  
Haciendo conocer á los de dentro  
El ánimo y vigor de los de afuera;  
Que luego, sin escala ni escalera  
Suben arriba en busca de su centro,  
Sin ser á defendérselo bastante  
Ver contra sí mil puntas de diamante.

Que de temor los bárbaros desnudos,  
Como los que á vencer estaban hechos,  
Mil armas desbaratan con los pechos,  
Que son allí sus concavos escudos;  
No bastan á tenellos golpes crudos  
Ni el granizar de rayos contrahechos,  
Que por broncinas bocas escupidos,  
Retiñen sordamente en sus oídos.

Del muro los impelen y rebaten  
Con duras picas y asperas espadas,  
Unas á botes y otras á estocadas,  
A cuyo ronco son los montes latén;  
Mas ellos como rocas á quien baten  
Las ondas por el cierzo reforzadas,  
No solo tienen fuerte en esta guerra,  
Mas por el aire van ganando tierra.

El uno gateando por su lanza,  
El otro á la contraria bien asido,  
Arriban al palenque defendido  
Y al peligroso fin de su esperanza;  
Quién luego su membrudo cuerpo lanza  
Por el lugar de gente mas tupido,  
Y quién sobre el bastón nudoso y grueso  
Sustenta de la guerra todo el peso.

Mas, quién podrá pintar á Tucapelo  
De pies sobre la cerea y palizada,  
En medio de la gente amontonada,  
Soberbio despreciando tierra y cielo,  
Armado un peto doble de su abuelo,  
Y una marina concha por celada,  
Con que la maza en mano se rodea,  
Y haciendo campo el bárbaro campea?

A cuál de un golpe solo el cuerpo muele,  
A cuál con otro deja sin sentido,  
A cuál del muro abajo sacudido,  
Hace que á su pesar sin alas vuele;  
Nada le queda allí que no lo asuele  
Su brazo de infernal furor movido,  
Por donde hacia la parte que lo cala  
Retira, lleva, arrolla y acorralla.

No lleva con paciencia don Felipe  
; Oh justa indignacion de sangre noble!  
Que tanto golpe el pérfido redoble,  
Sin que él tambien alguno participe,  
Y no queriendo que otro se anticipe,  
Se va para él tan fuerte como un roble,  
Firme la espada rígida en la diestra,  
Y el acerado escudo en la siniestra.

El Indio con la dura maza en alto,  
Y atrás el pie derecho le recibe;  
Aguarda el Español que la derribe,  
Para, salvando el cuerpo, entrar de un salto;  
Mas de destreza el bárbaro no fallo  
Al enemigo intento se apercibe,  
Tirando el primer golpe blandamente,  
A fin de segundalle fácilmente.

Acíértale, mas ved si fué tan blando,  
Pues dándole en el canto del escudo  
Y haciendo el caballero lo que pudo,  
Se le llevó dos pasos tropicando;  
Tras él entró la maza levantando  
Para el segundo golpe, y fué tan crudo,  
Que si lugar el nuestro no le hiciera,  
Muerto á sus pies el Indio se le diera.

Quedó entre dos horcones encajado  
En la albarrada el leño con tal fuerza,  
Que aunque á librallo el dueño del se esfuerza,  
Tiene primero tiempo el bautizado  
De dalle, habiéndolo ya con él entrado,  
Sin que el agudo filo se le tuerza,  
Por el siniestro brazo una estocada,  
Que le pasó con mas de media espada.

Hallóse con el bárbaro tan cerca,  
Que le hubo de ceñir sus fuertes brazos,  
Creyendo hacelle entre ellos mil pedazos,  
Doblando su cerviz tan dura y terca;  
Mas vuelcan ambos juntos por la cerca  
Envueltos en durísimos abrazos,  
Que entrambos en la lucha son maestros,  
Tan fuertes igualmente como diestros.

Apriétanse los huesos y costillas  
A fuerza de los vínculos estrechos,  
Y con los pies izquierdos y derechos  
Se valen de traspies y zancadillas;  
Ya tiemblan de cansadas las rodillas,  
Ya dan ronquidos íntimos los pechos,  
Ya laten los ijares, ya garlean,  
Y los ardientes pulsos menudean.

Revuélvense por una y otra parte,  
Arando con sus pies la tierra dura,  
Y válese tal vez de fuerza pura,  
Tal vez de su destreza, maña y arte;  
La firme trabazon del baluarte  
Se siente á sus vaivenes mal segura,  
Y toda en torno tanto se estremece,  
Que por algunas partes desfallece.

No hay quien á despartillos parte sea,  
El uno porque á tanto no se atreve,  
Y el otro porque haciendo lo que debe,  
Acude en su lugar á la pelea;  
De mas de que por toda la trinchea  
Tan á menudo flecha y bala llueve  
Por nubes de materia salitrada,  
Que fuera desto apenas se ve nada.

Por donde sin saber de qué manera,  
Andando cuál encima y cuál debajo,  
El bárbaro de un salto vino abajo,  
Dejando al Español y á la barrera,  
Y no cayó á la parte de hácia fuera,  
Para que se librara del trabajo,  
Sino en la plaza, en medio de enemigos,  
Que de su gran valor fuesen testigos.

Arrójase tras él de la muralla  
El presto don Felipe de Hurtado,  
Ganoso de acabar lo comenzado  
Y de ganar al Indio la batalla;  
Mas él que en tales términos se halla,  
Bramando mas que el toro agarrochado,  
Espumajoso y fiero en el semblante,  
Embiste cuanta gente ve delante.

Quita por fuerza á un indio la macana  
Y á la primera vez que la voltea,  
Hace subir mas gente á la trinchea  
De la que se le queda en tierra llana;  
En esto la batida barbacaña,  
Vuelta de cana en roja, bermeja,  
Y á mas andar por una y otra parte  
Aviva la batalla el fiero Marte.

Ya llueve el Indio flechas en la plaza;  
Graniza sobre el fuerte piedra dura;  
Ya dellas la formada nube oscura  
Al claro cielo encubre y embaraza;  
Ya el dardo arrojado desembraza,  
Rompiendo la region sutil y pura;  
Ya calla el mar furioso y bravas ondas  
Al estallido espeso de las hondas.

Ya el Español, á fuerza de tronidos,  
Hace temblar el monte y la trinchea;  
Ya el seco polvorin relampaguea,  
Ya se disparan rayos encendidos;  
Ya el cielo y aire están escurecidos;  
Ya no hay debajo dellos que se vea,  
Si no se ve, que es vista dura y fuerte,  
La temerosa imagen de la muerte.

Cual suele cuando el crudo invierno acaba  
Venir la tempestad impetuosa,  
Envuelta en gruesa lluvia pedregosa,  
Con desigual horror y furia brava;  
La cual al cielo, que antes raso estaba,  
Viste de negra nube procelosa,  
Que despidiendo lanzas á la tierra,  
Maltrata el prado, monte, valle y sierra;

Quando se ven el mar, el aire, el cielo,  
Armados del rigor que están lanzando,  
Y la rasgada nube retronando  
Escupe fuego vivo contra el suelo;  
El pájaro en su nido eriza el pelo,  
Y todo se acorruca tiritando;  
Debajo de sus madres los cabritos  
Están temblando mudos y marchitos;

O como suelen dos discordes vientos,  
Iguales en las fuerzas encontrarse,  
Y en una opaca selva contrastarse  
Con encontrados soplos turbulentos,  
Haciendo que á sus ímpetus violentos,  
Unos con otros vengan á trabarse  
Los árboles del bosque entretejido,  
Formando fragoroso ruido:

Asi las huestes bárbara y cristiana,  
Dado que desiguales tanto sean,  
Es tanta la igualdad con que pelean,  
Que aun no se pierde tanto ni se gana;  
Aunque con mano todos inhumana,  
Asi los duros golpes menudean,  
Que van atropellando los postreros  
Por prisa que se dan, á los primeros.

En medio del estruendo y batería,  
Enhiesto sobre el muro entre su gente,  
Parece aquel magnánimo y valiente,  
Aquel insigne jóven don Garcia;  
Cual suele parecer al medio dia  
A vueltas de agua un sol resplandeciente,  
O como cuando el cielo está nublado,  
Se ve por él un arco atravesado.

Su cuerpo bel armaba por de fuera  
Un blanco y limpio arnés de temple fino,  
Y por de dentro al alma un diamantino,  
Que al ímpetu de un monte resistiera;  
Brotaba por su rostro y la cimera  
Mas luz que el sol en medio su camino,  
Bastante á que mirándole de frente  
Se deslumbrase el bárbaro insolente.

El vello de oro puro le apuntaba  
Con suma perfeccion y gracia puesto,  
Y el aguileño, rojo y blanco gesto  
Envuelto en fina púrpura mostraba;  
Ninguno de los suyos le miraba,  
Por mínimo que fuera, que con esto  
No concibiese un ánimo terrible,  
Para poner el pecho á lo imposible.

Al fuerte corazon el fuerte escudo,  
Como á seguro arrimo está arrimado,  
Y á la derecha mano encomendado  
El blanco, ya bermejo, filo agudo;  
Que por su cuerpo el bárbaro desnudo  
A su pesar mil veces paso ha dado,  
Haciendo de la clara sangre nueva,  
A costa de la suya clara prueba.

Solicito por todas partes anda,  
En todo se interpone, á todo atiende,  
Y aunque en furor colérico se enciende,  
Con gran reportacion ordena y manda;  
A quien la mano muestra floja y blanda,  
Con apretar la suya reprehende,  
Y en el que con mayor esfuerzo lidia  
Engendra generosa y justa envidia.

Con soberano estilo y modo grave  
Anima á su escuadrón en tal estrecho,  
Y sobre el alto dicho pone el hecho,  
Cosa que en un sugeto apenas cabe;  
Y menos cabe en mí que los alabe,  
Faltándome la voz, el canto, el pecho,  
Si no me presta el cielo para tanto  
Voz nueva, pecho nuevo y nuevo canto.

## CANTO VI.

Prosiguese el asalto, donde en particular se cuentan hechos grandiosos, así de los españoles como de los araucanos, y el mucho esfuerzo que unos y otros mostraron este día; hasta que por la mucha industria, órden y valor del General, los indios se retiran, quedando los nuestros victoriosos. Refiérese la refriega que una manga de los enemigos tuvo con la gente de la mar, que habia quedado en los navios, y venia á socorrer el fuerte. Sale Tucapel de la batalla mal herido, y echándole menos su mujer Gualera, sabida la rota de los suyos, hace un lastimoso y grande sentimiento.

Es Dios en dar de pecho tan hidalgo  
Y tiene como tal tan rico modo,  
Que dado que á ninguno lo dé todo,  
Al fin á nadie deja de dar algo;  
Si yo para las letras nada valgo,  
Veráse que á las armas me acomodo,  
Y si otro no es valiente ni jurista,  
Es músico, galán ó romancista.

Mas aunque mas y menos, conocemos  
Que todos tengan parte en estos dones,  
Quién obras participe con razones,  
Difícilamente lo sabemos;  
Muchos valientes Héctores verémos,  
Y muchos elocuentes Cicerones,  
Mas pocos que con ánimo valiente  
Imiten al retórico elocuente.

El otro que en el aire el pelo corta,  
No sabe del escudo ni la adarga,  
Y el otro que es maestro desta carga,  
Al tiempo del hablar se turba y corta;  
¡Oh cuántos hombres hay de mano corta,  
Que tienen juntamente lengua larga,  
Y cuán poquitos griegos hacen tercio  
Entre los dos el Ayax y el Laercio!

No digo yo que es malo solo el dicho,  
Pues del podrá salir algun provecho,  
Mas digo que entre el dicho y entre el hecho  
Se pone muchas veces entredicho;  
Y aunque el predicador tan bien ha dicho,  
Que al auditorio deja satisfecho,  
Si bien como lo dice no lo hace,  
Ni á Dios, ni á sí, ni al mundo satisface.

Mas quien de sí da claro testimonio,  
Que en hecho como en dicho resplandee,  
Es nuestro General, y así merece  
Tener por nombre Ulises Telamonio;  
Pues siendo en sus palabras un favonio,  
En obras mas que Bóreas se embravece,  
Segun veréis agora por mi canto,  
Si á dicha voz mortal pudiere tanto.

Con su luciente espada en sangre roja  
Está sirviendo al muro de muralla,  
Y á donde ve mas viva la batalla,  
Con mas denuedo y ánimo se arroja;  
Haciendo por do va que se recoja  
El misero que cerca del se halla,  
Pena de que esperando el golpe esquivo,  
Podrá desesperar de verse vivo.

De una estocada á Pinguedo harena,  
Y de otra punta al diestro Longo ensarta;  
Al alma de Copil del cuerpo aparta,  
A Crin de tajo un músculo cercena;  
De bárbaros la cava tiene hena,  
Aunque su hambrienta cólera no harta,  
Que como crece dellos el enjambre,  
Crece tambien sin término su hambre.

Lugar le hacen ya los mas altivos,  
Porque ninguno al fin de grado muere,  
Y asi para pasar adonde quiere,  
Le estorban mas los muertos que los vivos;  
En el que ve mas puesto en los estribos,  
Y que á esperar su encuentro se profiere,  
En ese carga mas la dura mano,  
Haciéndole allanar de llano en llano.

Mas no por ser el daño semejante,  
Desmayan los enormes araucanos,  
Antes revuelven mas las duras manos  
Y arrojan los curtidos pies delante;  
El español denmado no es bastante  
A reprimir sus ímpetus insanos,  
Dado que su poder ha puesto junto  
Y á la fogosa cólera en su punto.

Ya cuerpo á cuerpo en medio de la plaza  
Con el cristiano el bárbaro pelea,  
Do si la pica larga aquel florea,  
Este revuelve bien la dura maza;  
Para lo cual ya poco le embaraza  
La cava honda, y menos la trinchea,  
Porque esta rota en partes va saltando,  
Y aquella de cadáveres cegando.

Los nuestros, viendo que es la propia vida  
El premio y galardón de la victoria,  
Hacen eterna al mundo su memoria,  
A costa del idólatra homicida;  
Y asi le dan la pena merecida,  
Mas no porque ellos queden con la gloria,  
Que para nadie es tiempo de cantalla  
Hasta que llegue el fin de la batalla.

Arauco lo procura por su parte,  
Y España de la suya lo pretende,  
Por do fortuna varia se suspende,  
Y en medio está neutral el fiero Marte;  
Bien que mayor el daño se reparte  
Por quien tan caro el caro suelo vende,  
Pero supliendo el número crecido,  
Su juego por igual está partido.

El capitán de Viezma y el de Aguayo,  
Gabriel Gutierrez, Abalos y Lira,  
Martín de Santaren, Martín de Elvira,  
Don Pablo de Espinosa, Vaca y Payo  
Hacen de parte suya lo que el rayo,  
Cuando furioso Jupiter lo tira,  
Cargando á los contrarios de manera,  
Que juntos en monton los echan fuera.

Manrique, don Simón y Santillana,  
Verdugo, Luis Chérinos y Morgia,  
Juan de Villegas, Barrios y Megia  
Tienen de muertos ya la fosa llana;  
Pues Lagos de la sangre no cristiana,  
Calientes y espumosos los hacia,  
Y Bravo respondiendo al apellido,  
Defiende bravamente su partido.

Envueltos de coraje en blanca espuma  
Están los dos Guzmanes y Ahumada,  
Y don Alonso haciendo por la espada  
Aun mas de lo que dijo con la pluma;  
Osorio y Pacho han muerto grande suma,  
Riva Martín y Perez de la entrada  
Tan bien al enemigo la defienden,  
Que á precio de la vida se la venden.

Estaba destos, parte en la muralla  
Al ímpetu pagano resistiendo,  
Y parte por la plaza combatiendo  
En mas renida y áspera batalla;  
Por donde mas de sangre que de malla  
Cubierto Tucapel, iba rompiendo  
En los de su escuadrón mas señalado,  
Que en los novillos toro madrigado.

Triste del español, á quien su maza  
En descubierto diere algun alcance,  
Que sin remedio es mate al otro lance  
En el tablero angosto de la plaza;  
No vale arnés tranzado ni coraza  
Para dejar de verse en este trance,  
El que con temerario desatino  
Presume de atajalle su camino.

Trompica á Diego de Avalos y á Sierra,  
A Zúñiga y Teruel saca de seso,  
Muele á Molina cuero, carne y hueso,  
Haciéndole medir la dura tierra;  
La llama que en su ardiente pecho encierra,  
Despide por los ojos humo espeso,  
Con que en furor, en saña, en ira crece,  
Y un infernal espíritu parece.